

Investigación psicoanalítica

*Dr. Fabio Herrmann **

Resumen

Dicho de manera simple, el problema central de convivencia entre Psicoanálisis e investigación controlada reside en la tendencia de ese tipo de investigador, en creer demasiado en los rituales de recolección de datos, y demostración de hipótesis, dejando de lado la significancia previsoras de su estudio. Una trivialidad observada en cien casos y probada por sofisticados procedimientos estadísticos continúa siendo trivial. Por otro lado, los psicoanalistas tienden a realizar observaciones muy restringidas, y en seguida a proyectar teorías ya constituidas sobre el material, imaginando que las están comprobando.

La investigación de hecho mínima que acabo de presentar aquí, posee a mi ver, un solo mérito en el contexto de esta discusión. Muestra que se puede partir de observaciones comunes, técnicas y no técnicas, para hacer que nuestra metapsicología que confronta sus fronteras con la filosofía y la literatura, continúe trabajando, produciendo nuevas cuestiones, nuevos encaminamientos de respuestas. El problema de la autonomía relativa y provisoria del objeto psíquico, de sus flujos y reflujos con respecto al yo, demanda todavía mucha investigación empírico-metapsicológica, como ésta tal vez, pero sobre todo estudios clínicos. El psicoanálisis continuará existiendo mientras pueda ser reinventado dentro de sí mismo.

* Miembro Titular de la Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de São Paulo. Rua Agrario de Souza 106. 01445-010, São Paulo, Brasil. Tel. 5511 280 8123. Fax 5511 883 4778.

Summary

Put it in a simple way, the central problem of living together between psychoanalysis and controlled investigation resides in the tendency of that kind of investigator, to believe too much in the rituals of facts recollection, and hypothesis demonstration, leaving aside the foreseeable significance of his study. A triviality observed in one hundred cases and proved by sophisticated statistical process, keeps being trivial. On the other hand, the psychoanalysts tend to make very restrictive observations, and immediately to project theories already constructed about the material, imagining they are proving them.

In my opinion, the minimal investigation I have just exposed, has only one merit to point out in the context of this discussion. It shows that **it** is possible to arise from common observations —technical and not technical— to make that our metha-psychology, which confronts its frontiers with philosophy and literature, keeps on working, producing new subjects, new way of guiding the answers. The problem of the relative and provisional autonomy of the psychical object, of its flows and over-flows in relation to the I, demands much more empirical metha-psychological investigation yet, may be such as this one, but above all, clinical studies. Psychoanalysis will exist as long as it can be inside itself reinvented.

**Descriptores: INVESTIGACIÓN / CIENTÍFICA /
 INVESTIGACIÓN / EPISTEMIOLOGÍA / OBJETO / YO
 / AUTONOMÍA /
 MÉTODO PSICONALÍTICO**

Investigación empírica

En los últimos años hemos asistido a la producción de algunas curiosas investigaciones en psicoanálisis. La clínica psicoanalítica es, en sí misma, nuestra modalidad más esencial de investigación. El estudio de los fenómenos culturales también es investigación psicoanalítica, Freud mismo abrió este espacio y lo exploró. Existe investigación teórica, conceptual, existe o puede existir, investigación metodológica en psicoanálisis. El tipo de investigación que ahora se puso de moda, con todo, no es ninguna de esas. Se trata de una investigación llamada *empírica*, nombre que por sí solo confunde, porque la *empírica psicoanalítica*, la zona de fenómenos concretos que se ofrecen en estudio es, antes que otra cosa, la clínica, y en seguida, el reino de las significaciones culturales y de los sentidos emocionales, para los cuales está excelentemente dotado el método psicoanalítico de producción de saber.

La *investigación empírica* en psicoanálisis que sería mejor llamar *investigación controlada*—, trata de imitar el modelo positivista de erradicación de *desvíos interpretativos del investigador* (!) —idea por sí sola sorprendente en nuestra disciplina— por medio de verificación objetiva y control estadístico de resultados. Es así que hemos sido repetidamente expuestos a protocolos cuantificados, tablas de rendimientos subjetivos, rendimiento estadístico, etc.. Todo un ritual de verificación de hipótesis, H_1 versus H_2 , que suponíamos haber enterrado con los experimentos *doble ciego* y el tristemente famoso *placebo* (aquellos que, como se decía, exigían dos ciegos: uno para recetar el remedio y el segundo para tomarlo), de los tiempos de la facultad retornan, ahora en el seno del psicoanálisis. ¿Cuál será, pues, el cuadrado del Complejo de Edipo?

El análisis de este género de producciones híbridas, representan ante

todo, una parodia de la investigación en las ciencias de la naturaleza. Como es necesario encontrar una cosa cuantificable, estableciendo escalas arbitrarias, se anotan valores para actitudes positivas o negativas, que después dan la impronta a un remedo de demostración estadística. Claro, es innegable el prestigio alcanzado por el lenguaje matemático en la construcción del conocimiento moderno; aun más, su éxito depende de la adecuación al objeto: hay cosas que se pueden contar, otras que no se pueden. Forzar el modelo estadístico dentro del psicoanálisis solo puede tener el valor de un beneficio de fantasía: disfrazada de Física el psicoanálisis podrá entrar algún día en el reino del prestigio universitario, “demostrado” por criterios estadísticos, tal vez pueda llegar a gozar de alguna subvención en los sistemas de salud.

No es que sean imposibles o condenables los estudios psicológicos acerca de la práctica de los analistas. La interdisciplinaridad existe y es sin duda muy valiosa. Un estudio psicológico cuantificado sobre la clínica psicoanalítica puede llegar a tener valor, mientras no caiga, como es frecuente el caso, en la trivialidad. Cuando, por ejemplo, el investigador intenta verificar la existencia o no de transferencia, cotejando por medio de cuestionarios, la visión más o menos “realista” de los pacientes con respecto a su analista, está operando irreparablemente a partir de criterios triviales. Siendo la transferencia un campo de sentido, de lógica emocional, pretender medirla con instrumentos tales como cuestionarios de opinión es semejante al intento de desmontar un reloj usando guantes de box: es posible amarlo pero nunca llegaremos a entender su mecanismo. O si se prefiere un modelo más “científico”, sería como realizar un estudio de física cuantitativa para verificar la eficacia del psicoanálisis:

analistas y pacientes pueden ser pesados, como cualquier otro objeto material, pero la más cuidadosa investigación de las variaciones de la masa del par analítico jamás dará por muestra, un miligramo, siquiera, de lo que viene a ser una interpretación.

Un estudio psicológico controlado válido de la eficacia analítica tendría que comenzar por la elucidación completa de lo que es psicoanalíticamente relevante, en términos de eficacia, para solamente después intentar descubrir qué instrumentos de cuantificación podrían allí ser aplicados. El problema es que todavía estamos distantes de un consenso mínimo, sea este teórico, técnico o inclusive terminológico sobre lo que es psicoanalíticamente relevante en la cura. En la falta de precisión metapsicológica y metodológica, son utilizados criterios aleatorios o muy exteriores.

Sin embargo, el proyecto de estudio interdisciplinario del psicoanálisis no deja de tener atractivos. Es interesante, por ejemplo, el análisis sociológico de las comunidades psicoanalíticas, o de la relación entre psicoanálisis y sociedad —la inserción social de los psicoanalistas es un tema a ser estudiado también por la Sociología—. Siendo significativa la contribución del Psicoanálisis a la Antropología, investigaciones combinadas entre antropólogos y psicoanalistas son perfectamente viables. Investigaciones filosóficas del método psicoanalítico son necesarias y urgentes en nuestra disciplina: la constitución de una legítima epistemología en psicoanálisis, es uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo. En cuanto ciencia, el psicoanálisis fuerza una redefinición del campo de las ciencias, o sea, es preciso abrir espacio para recibirla, no intentar comprimirla para que quepa en el espacio existente. Estudios auxiliares, basados en la teoría literaria o lingüística, pueden llegar a ser verdaderamente relevantes para comprender nuestra disciplina, que nació de las manos de un escritor y que lidia cotidianamente con los efectos de la palabra, siempre, claro que no se trate del conteo de fonemas o el conteo de formas verbales usadas por el paciente. De un modo general, siempre que el psicoanalista investiga *un área de convergencia cultural*, cualquier tema fuera de la clínica, es de esperar que disponga de alguna base personal en las demás ciencias comprometidas en su estudio y que someta sus resultados, el nuevo recorte

de sentidos de la realidad que reveló a la confirmación de las disciplinas afines. Esto es interdisciplinariedad válida.

¿Por qué justamente los estudios psicológicos y algunas investigaciones psiquiátricas acaban por confundir el campo psicoanalítico? La respuesta no es difícil, creo. Es que la proximidad de los campos lleva al lector, a veces, y aún al investigador a creer que tales estudios psicológicos y psiquiátricos sobre el psicoanálisis son parte del psicoanálisis, que son psicoanálisis y no investigaciones de disciplinas diferentes que lo toman como objeto. En una palabra el método de investigación controlada (la “*investigación empírica*”), puede ser útil siempre que no pretenda ser psicoanalítico, puede esclarecer siempre que no se pretenda mezclarlo con el método psicoanalítico, que es completamente distinto. La mezcla traerá descrédito al psicoanálisis, mucho más que la falta de verificación cuantitativa, exigencia un tanto retrógrada, en términos verdaderamente contemporáneos. La ciencia, hoy, superó los modelos positivistas estrictos ¿habremos corrido hacia delante para conseguir llegar atrás?

Tal vez la cuestión más importante a ser comprendida dentro de este tema sea la fascinación que acomete a cierta parcela de psicoanalistas, cuando se plantea la posibilidad de demostración estadística de los efectos del psicoanálisis. Para ello, es preciso volver un momento al origen del acto analítico.

Nostalgia de la técnica

En el fondo, el psicoanálisis es una ciencia que corre atrás de sí misma. Mas precisamente, ella nació de una *práctica* e intenta justificarla, hasta hoy. Se puede argumentar, razonablemente, que todas las ciencias nacieron de la práctica humana, que son abstracciones de los actos naturales cotidianos. No se crearía la física, si los hombres no tuvieran manos y ojos,

la química, si le faltase paladar u olfato, la historia, si careciesen de memoria. Con nosotros, sin embargo, es un poco diferente. Tomar, oler y después recordar es una secuencia natural de actos, que la cultura va puliendo y diferenciando hasta desnaturalizarlos, por así decir, transformándolos en arte, técnica y ciencia. El psicoanálisis también se apoya en una *facultad natural*, esto es, la manera por la cual la palabra afecta emocionalmente al recuerdo, posibilitándolo primero, imposibilitándolo algunas veces, tornándolo nuevamente posible, construyéndolo siempre. Deriva de la conversación, o mejor, del diálogo humano. Que no sea propiamente natural, no es el centro del problema, para el hombre concreto histórico nada es totalmente natural. La diferencia con los otros ramos del saber, no radica en ese fundamento primordial si no en lo que hacemos con él, en la transfiguración del diálogo que sirve de punto de partida para nuestra investigación: la situación analítica.

Como clínico que era, al inventar el psicoanálisis, Freud partió de una estructura de acción bastante elaborada por la medicina. En la clínica médica, una serie de actos especiales genera cierta eficacia terapéutica, que depende de la precisión técnica de su realización, del lugar donde se realiza de la mayor o menor propiedad de su elección. La clínica médica está ligada a la eficacia ritual; no dicho en un sentido despectivo: inténtese operar fuera de la sala de cirugía, recetar un antibiótico prescindiendo del antibiograma o prescribir una dieta sin vestirse de blanco, que los límites de la eficacia clínica se evidenciarán por sí mismos. Mientras tanto como la clínica de las neurosis carecía exactamente de eficacia, Freud trató de adecuarla a su objeto. Para eso tomó dos caminos simultáneos. Fue creando de a poco un aparato conceptual y al mismo tiempo, modificando la forma del contacto clínico. Este último —y aquí está nuestra paradoja— no se encaminó a una mayor sofisticación de medios, sino al contrario, se *naturalizó*, se tomó más cotidiano, más común, se aproximó la práctica freudiana (y la nuestra), a una simple conversación, a la raíz del diálogo

humano.

Es comprensible, por consiguiente, que los restos de tecnicidad médica, que la situación analítica renaturalizó, siguieran parasitando nuestro reino. La situación analítica es muy poco técnica, en el sentido común, tecnológico, del término, todavía mantiene una especie de nostalgia del origen, se la desea técnica y se procura creer que su eficacia depende de la observación de preceptos distantemente análogos a los de una cirugía. En verdad *al crear la situación analítica* Freud estaba introduciendo un método nuevo en el arte de curar, un nuevo camino, que precisamente el arte había explorado mejor, hecho que no se le escapó a Freud, evidentemente. Apenas se percibía que el método estuviese recubierto por la técnica. Nuestros rituales —40 o 50 minutos de sesión, 4 o 5 veces por semana, cierto silencio tolerante, seguido de un hablar más o menos estilizado, la forma de cobrar, etcétera— eso que el diván epitomiza como un paradigma, o una *trade mark*, poseen ciertamente bastante utilidad como para ser mantenido. La creencia en su eficacia, casi mágica, sin embargo, me parece que deriva de la nostalgia intrínseca que la nueva situación mantiene con la nueva tecnología de la cual se diferenció. Creemos funcionar por todas las razones, por efectos del setting, cuando funcionamos por el método que el nuevo ritual encubre en su estuche. Denominamos a esta creencia: fetichismo de la técnica.

Las teorías psicoanalíticas que se fueron produciendo, por su lado, deberían explicar no solo las neurosis, o la psiquis humana en general, sino el propio misterio de la situación analítica. Y si consiguen buen resultado precisamente en la elucidación de su blanco objetivo, esclareciendo mucho de la *constitución psíquico-humana tienen con todo, abierta una* deuda original con la situación analítica. Desde Freud hasta aquí, estamos lejos de explicar cabalmente por qué funciona el psicoanálisis.

Ahora bien, esa explicación solo puede advenir con el estudio profundizado de nuestro método, lo que es nuestro norte. No es este lugar o el

momento para relanzar los ensayos ya realizados para poner en evidencia la naturaleza más íntima del saber psicoanalítico, ni siquiera para resumir las pequeñas contribuciones a la materia que yo mismo perpetré en “*Andamios de lo Real*”. Basta considerar aquí la existencia de una nostalgia a la ciencia natural, aliada a una nostalgia de técnica, que se expresa en una especie de mala conciencia del analista practicante, en lo que respecta a su relación con las ciencias contemporáneas. Que se exprese con una aparente superioridad o auto suficiencia, cuando el analista defiende la primacía de la intuición y la imposibilidad de cualquier juicio objetivo sobre su clínica, manifestaciones típicas de una formación reactiva, ya sea que aparezca como deseo de sustituir el método psicoanalítico por el método de verificación cuantitativa, siempre parece estar en juego esa deuda fundamental antedicha.

En suma, el llamado ejercido de los psicoanalistas por la así llamada investigación empírica no puede ser apenas comprendido por razones de sobrevivencia en un mundo que padece un fetichismo tecnológico generalizado, principalmente entre los legos que imaginan que la ciencia es lo mismo que ciertos rituales de comprobación. Este llamado expresa, antes que nada, una relación nostálgica con el origen técnico-científico de nuestra ciencia artística. Es preciso admitir, que bajo el disfraz de una saludable búsqueda de interdisciplinaridad, opera un proyecto oculto de reducir el método psicoanalítico a aquel mucho más simple de la ciencia psicológica de corte positivista. Sólo eso explica que al hablar de investigación psicoanalítica, cosa tan ampliamente realizada por el mismo Freud, se piense de inmediato en una combinación indefendible de elementos descontextualizados de la teoría de la técnica psicoanalítica, con métodos experimentales un tanto elementales. No es posible creer que tantos y tan destacados analistas que la sustentan sean ingenuos o mal intencionados, simplemente están bajo el efecto del retorno de lo reprimido, o mejor, del retorno epistemológico de lo superado.

Autonomía y contagio

Mientras tanto hay espacio suficiente para muchas formas validas de investigación en nuestra disciplina, incluso cuando esa se funda en *ocurrencias* fuera del consultorio. Observando la vida como sistema, o simplemente de ojos abiertos, el psicoanalista aprende muchas cosas con respecto al alma humana. Veamos, por ejemplo, como dos pequeños fragmentos de vida, de observación de un momento de una relación madre-bebe en un hecho menor aislado de lo cotidiano, pueden ser conjugados para iluminar cierto aspecto de construcción del objeto psíquico, el destino conturbado e inestable de la independencia del yo con respecto a su objeto. Este modesto ejemplo no figura aquí como el modelo de lo que debe ser una investigación psicoanalítica, evidentemente. En su simplicidad de medios, sin embargo, sirve para mostrar lo esencial: que la investigación psicoanalítica puede encontrar su punto de partida casi en cualquier lugar, y que el criterio que juzga su valor es la riqueza heurística y no la eventual pobreza de recolección de datos.

Un niño de nueve meses es llevado a upa por la madre hasta un caballo parado cerca de la casa. Lo mira sin gran entusiasmo. Al lado, una observadora de la relación madre-bebe, que se proponía acompañar el primer año de esa crianza, asiste al esfuerzo de la madre, en hacer que el bebe toque el caballo. A medida que se aproxima al animal, el niño intenta subir encima de la madre, con los brazos en el pescuezo, y hubiera llegado a encaramarse aterrorizado en sus hombros, si ella no hubiese puesto fin a la experiencia. Vuelven para dentro de la casa. Fin de la primera escena.

En la sala, estando sentadas en el sofá, observadora y madre. El niño se aproxima a un estante de la sala donde hay una caja vacía de cartón. De punta de pie, titubeante, mueve la caja que enseguida cae, el niño se asusta y la madre también, el equilibrio inestable del niño y el lento e inexorable

desequilibrio de la caja que se aproxima al borde de la estantería, parecen inquietar a la madre, tal vez la presencia de la observadora le impida incorporarse e interponerse en el juego. Al caer la caja, la madre se estremece, el niño llora, sin pánico aparente, procurando controlarse la madre vuelve a poner la caja en su lugar. El niño vuelve a jugar con ella, a los tanteos haciéndola caer una segunda vez. Ahora no parece asustado. Vuelve a levantar la caja, y la deja caer de nuevo, exultante. Fin de la escena dos.

No es difícil acompañar las emociones de la madre. Ella ya conoce bien a la observadora, esta ya conoce bien la relación dual observada. Al conducir al niño ante el caballo, tal vez la madre desease mostrarle algo, los progresos del niño, una punta de orgullo podría haber, seguida a la decepción, cuando la demostración de coraje falló. Que no hubiese intervenido en la segunda experiencia, la de la caja, habla a favor de una cierta tolerancia a la angustia, por lo menos en cuanto al proyecto de conducirse bien delante de la observadora.

Sin embargo, ¿qué pasó con el niño? Podemos concebir, sin llevar demasiado lejos nuestras conjeturas, que la presencia maciza e imponente del caballo lo hubiese impresionado fuertemente. Los caballos son enormes para un bebé, sin duda alguna, mayores que los gigantescos padres, y sin embargo pertenecen también, a la clase de seres animados. Caballos, al contrario de automóviles, por ejemplo, no son apenas móviles, sino intencionales y un tanto humanos, pues los padres así lo presentan al niño: “mira el caballito, es buenito, hacele cariños que le gusta”. El bicho podría hasta mover la cabeza, por sí sola mayor que el bebe entero. Aterrado por la confrontación con semejante monstruo, el bebé puede haber experimentado una mezcla de liquidamiento inminente, no es raro que se exprese como sensación de caída —aun cuando el caballo no estuviera caído y de patas levantadas, y nuestro héroe no se llamara Hans—. De ahí, el estar tentado el niño a huir, subiendo a la madre. No solo buscaría

protección, si no distanciarse del lugar de peligro, el caballo que lo precipitaba hacia abajo, traducción corporal de destrucción.

Al derrumbar la caja, se asustó nuevamente. O para ser más precisos, el mismo susto reciente, resurgió. Esta vez, sin embargo, algo cayó de verdad, con un mínimo estruendo para la observadora, un poco mayor para la madre, inmenso para el bebito. “Morí” podría haber dicho, si hablase, pero para hablar debería gozar de tal articulación del niño sobre el mundo de las cosas que no le posibilitarían repetir la experiencia primordial a la que asistimos. Tal vez fuese mejor poner en boca del bebé otra expresión más contundente: “caí”. Si la madre gritase asustada, él podría ser simplemente fijado a la idea de caída mortal, tal vez cayese en los brazos maternos. La calma relativa de la secuencia, al contrario, puede haber sido responsable por una experiencia de “caí pero no caí. Derribando la caja por segunda vez, su emoción equivaldría ahora en un “eso (yo-caja) caí, pero yo no caí”. Luego levantando la caja para dejarla caer, completaba la experiencia científico-ontológica de constitución de un objeto: “esto cae, pero yo no caigo; ergo esto no es yo”. El yo se distinguió nuevamente, no hay razón alguna para sospechar que esa pudiese haber sido su primera experiencia de creación del objeto material distinto, un objeto activamente controlable, candente y pasible. Y freudianamente, el paso de la pasividad a la actividad, como también del aniquilamiento a la afirmación del ser, de la fusión con el objeto a distinción: “aquí yo, allá aquello, todo.”. Fin. Esta vez, fin de la primera experiencia.

Pasamos a la segunda. Si el lector prefiere un niño crecido, algunos años después... pero no, la segunda experiencia fue cronológicamente hablando, anterior a la primera y envolvió en verdad al autor de esta pequeña comunicación. Estaba en una fiesta, en un apartamento en un piso elevado. Como no podía dejar de ser, la fiesta llena de psicoanalistas. Tomo a una colega del brazo y me dirijo a un balcón, conversando. Al aproximarnos al

parapeto, percibimos que la protección es de vidrio, naturalmente de vidrio templado y muy resistente. La visión de la calle, es impresionante, vertiginosa. Por la crispación de los brazos, por la excitación de los pasos, comunicamos recíprocamente nuestro miedo. Sin embargo, ocurre uno de esos vulgares desafíos al mejor estilo James Dean, en *Rebelde sin causa*. En un pacto de muerte, caminamos hasta la protección de vidrio, nos apoyamos en ella con la manos, siempre conversando, intentamos hasta ponernos completamente de espaldas al abismo. Ahí nos trabamos con las manos, sería preciso abandonar la baranda para poder girar del todo, simplemente las manos no sueltan la presa, más sabias y honestas que los cerebros. Volvemos a la sala.

Yo vi a otra colega mirar con pavor la caminata hacia el precipicio imaginario. Por amor a la ciencia o simplemente por sadismo psicoanalítico, la tomo del brazo e intento llevarla al mismo lugar. Creo que llegamos hasta la puerta corrediza, cuando ella ya protesta contra el abuso. No la fuerzo, además, ella ya se agarraba de la puerta preventivamente. Le digo estúpidamente: “no hay peligro”. Ella me mira sospechosa. Paro, y sus dedos se relajan, sin largar la puerta corrediza. Entonces, completo el experimento. Dejo lentamente mi mano escurrirse por su brazo y siempre conversando, me dirijo directamente a la baranda de vidrio, dieciocho pisos encima de la calle. A medida que marchó impávido para la muerte imaginaria, ella primero dice “no”, después comienza a pegarse a la puerta con la segunda mano, como si estuviese siendo arrastrada conmigo, y por fin, me pide, con voz levemente trémula, que vuelva, por que ella estaba con miedo. Fin, ahora, de la experiencia adulta.

¿Qué fue lo que pasó? La primera experiencia de vértigo inspiró mi demonio interior, seguramente. Percibí la chance entre anuncio de un experimento práctico, no en el cerebro irresponsable, si no en el estómago, en la boca en el estómago. Tengo miedo a la altura, sin embargo no de-

masiado, menos que la primera colega, mucho menos que la segunda. Esta última, me acompañó por delicadeza y por no querer ostentar su cobardía. **Además, hablaba ella con sus botones, “yo soy yo, ese rostro que se asusta o que juega, como prefiera”**. Pura ilusión. Cuando su boca del estómago se puso a gritar de frío, ella ya no era tan solo ella, sobre todo yo no era un otro independiente y ajeno. Era una parte de mí, con un poco de ella que se me metía **para mi interior, como que vino la mano al brazo**. Y ella alienada en mí, fue llegando a la transparente barrera, ante la muerte por precipitación, o sea, el mismo aniquilamiento inminente del bebé, que se traduce en la caída. ¿Deseo inconsciente de tirarse?, tal vez también existiese, pero principalmente había contagio entre sujetos.

La lenta construcción de la autonomía del objeto, que permite al yo, existir independientemente o casi, es como una licencia dada al mundo para que exista por cuenta propia. Ocurre en la infancia, y si no se debe a un acto de pura gentileza, mucho menos se debe al reconocimiento de la realidad. La realidad simplemente no es solo aquella en que el sujeto se separa de los objetos exteriores e independientes. En un registro, los objetos no son yo, es cierto, en el otro, con todo, participamos intrínsecamente de nuestros objetos. A eso se puede llamar, simpatía, un mismo pathos uniendo dos **entes**. También se puede llamar identificación proyectiva, desde que se tenga en mente que el estado primordial, natural, por así decir, es el contagio, no la distinción. Así, la identificación proyectiva será el nombre que cabe a un entorno más natural, a la fusión identitaria con el mundo objetal. La colega de la experiencia adulta se refugiaba confortablemente en la creencia de ser un individuo discreto, distinto de mí. El desengaño muestra claramente como su cuerpo sabe que se acuerda de la verdad más profunda de la fusión original, sabe que caerá conmigo, pues en el registro del vértigo tampoco subsiste la distinción entre sujeto y objeto, y nos agarramos con las dos manos al inicio, **al concepto de independencia** dos individuos, recitando internamente como una oración

silenciosa, después el primer objeto material confiable. Si el lector desea repetir solito la experiencia basta aproximarse a un balcón alto, llevando algo en el bolsillo de la camisa, una caravana barata, por ejemplo, en seguida deberá inclinarse hacia fuera apenas lo bastante para que la caravana caiga, si no se siente irse con la caravana, nuestra teoría está equivocada, o se le aconseja seguir la carrera de alpinista.

Construcción del objeto

El psicoanálisis sabe muy bien ver el primer movimiento constitutivo de la relación con el mundo. Dándose cuenta que el objeto representa al sujeto que lo creó, Freud introduce el concepto de identificación. Lo que intentamos aquí subrayar, no constituye, sin embargo, ninguna novedad. Esencialmente queremos recordar que durante la existencia adulta, los trazos de la identidad básica entre sujeto y objeto de la emoción, vienen a ser cuidadosamente obliterados, para que el yo pueda mantener su ilusión de independencia. Tan eficaz es ese proceso de obliteración, que incluso la teoría psicoanalítica acaba por sancionar la ilusión de independencia del yo y de objetividad del mundo, considerando equivocada, ilusoria o patológica la condición de contagio y normal a la otra. Para fines de la comunicación consensual y de orientación en lo cotidiano, es provechoso mantener la idea de ser individuos discretos y autónomos, aunque cualquier calentamiento de las relaciones (pasión amorosa, terror, vértigo, lucha, fenómenos de masa, etc.), desmiente de inmediato la ilusión de que no soy el otro. Es perfectamente posible y justo hablar entonces de una regresión, sin embargo es una regresión rumbo a la naturalidad o a la verdad psicológica y no necesariamente en pérdida sino en una ganancia potencial. Tal vez la condición conocida como susto sea la puerta del frente del contagio, en última instancia el susto no representa directamente el riesgo de muerte, representa, antes que nada, la desconstrucción brusca de la fantasía de

distancias absolutas y de las estructuras identitarias que la sustentan. En el susto, el objeto readquiere sus derechos de origen, recupera la identidad de sujeto.

Una última cuestión falta aquí. Cuando el niño tiró la caja por primera vez, se trató de una pura casualidad? La pregunta es difícil, porque exige que definamos azar, intencionalidad y determinación. Para no alargar la discusión digamos que se prefiere una interpretación analítica. Es raro que pensemos todo antes de hablar. Estando pronta la matriz sentimos vagamente la oportunidad de interferir, nos empujamos en la dirección del habla e interpretamos. Solo al comenzar a decir, el habla toma forma y podemos decir todo entonces, para bien o para mal.

Pues bien. El niño debía tener pronta o casi pronta dentro de sí, la matriz de una experiencia de distinción del objeto. Tal vez ya tuviese construida tal distinción, pero la impresionante presencia equina debe haberla hecho regresar, perderse en el pavor vertiginoso del susto. Entonces, la caja le ofrece la oportunidad, lo que puede haber sido vagamente presentido, como una tentación, y el interpretó, o mejor, jugó, pues es así que los niños interpretan. Como se ve, nos aproximamos aquí, a una concepción que supera la dicotomía entre determinación y azar, pero preserva una intencionalidad o una proto-intencionalidad que conduce a la criatura del hombre a cumplir su destino humano: la construcción de un yo, que ¡ibera el mundo objetal, también construido para la psiquis, para existir libremente, hasta que un pavor mayor los refunda, o que la muerte los separe.

São Paulo,

07/04/96

Traducción: Laura Veríssimo de Posadas